

Ingrid Strobl

Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)

Barcelona, VIRUS Editorial, 2015 pp. 519.

Cuando han pasado casi veinte años desde la primera edición en castellano y poco menos de treinta desde que salió a la luz en Alemania, se ha realizado una nueva edición revisada y corregida de *Partisanas*. Se trata de una obra referencial que, posiblemente, marcó un antes y un después en la historiografía, debido a que sacó del ostracismo la participación de las mujeres en la lucha contra el fascismo y el nazismo. Si bien es cierto que desde su primera edición, allá por 1989, hay en la actualidad mayor número de estudios acerca del papel de las mujeres en los diferentes periodos históricos, sobre todo gracias a la historiografía feminista, no lo es menos que las mujeres siguen estando relegadas, en el mejor de los casos, a un segundo plano. Esto es más evidente aún si cabe cuando se trata de estudios sobre liberación nacional o lucha antifascista. Ahí las mujeres, salvo honrosas excepciones, son silenciadas a pesar de la participación que han tenido, tal y como se puede comprobar en diversos periodos históricos como la lucha llevada a cabo por los pueblos indígenas contra la conquista del «nuevo mundo», los movimientos independentistas de las colonias americanas, la revolución sandinista o en la actualidad las mujeres kurdas, por citar unos pocos ejemplos.

Muchas mujeres tomaron las armas contra el fascismo. No obstante, tuvieron que enfrentarse a su vez a las diversas organizaciones revolucionarias y a sus compañeros militantes quienes en demasiadas ocasiones, debido a su visión patriarcal de la sociedad, no las llegaron a considerar, salvo excepciones, como sus iguales e incluso las quisieron situar en la retaguardia porque el frente, decían, no era lugar para ellas. Primero era ganar al fascismo, después, en todo caso, ya le llegaría el turno a la cuestión de la mujer. Es por ello que todas aquellas mujeres que se enfrentaron a sus compañeros para que fuesen vistas como iguales pueden ser consideradas como la punta de lanza de la vanguardia revolucionaria de la época.

El libro de la periodista e historiadora austriaca tiene dos grandes bloques, dedicados a la resistencia armada en Europa occidental y a la resistencia judía en la Europa del este, en donde se ve claramente lo mencionado. Acerca de la

guerra civil española se muestran los testimonios de varias milicianas, las cuales no tenían tan siquiera 18 años cuando fueron al frente, que narran sus vivencias durante los primeros meses del conflicto en donde tuvieron responsabilidades militares, siendo casos realmente excepcionales, hasta que las milicias fueron disueltas y se impidió la participación de las mujeres en el nuevo ejército republicano. Se estima que alrededor del 2% de las personas que participaron en las milicias fueron mujeres.

Caso a parte es el Ejército Popular de Liberación de los partisanos yugoslavos en el que, de los aproximadamente 850.000 miembros, 100.000 eran mujeres. Esta gran participación tiene su fundamento en que el Partido Comunista yugoslavo «redactó un programa para la mujer casi feminista y declaró la lucha por los derechos de la mujer como uno de los puntos principales de su programa general» (p. 114).

En las zonas que no tuvieron frente de guerra la respuesta antifascista se dio desde la clandestinidad, donde las mujeres también tuvieron un papel protagónico. La lucha contra la ocupación nazi en Europa fue de diferente signo según los países; en Francia u Holanda la resistencia tuvo un claro carácter clandestino en las ciudades a la que habría que sumar a los diferentes grupos partisanos. En el este europeo la situación era distinta debido a la existencia de los guetos, cuestión diferencial con respecto a los países ocupados al oeste del Reich.

A lo largo del libro se puede comprobar cómo se desarrolló la resistencia, dentro de la cual la comunidad judía participó activamente. El caso más conocido es el del gueto de Varsovia, pero no fue el único. Tal y como se puede comprobar en *Partisanas* hubo también levantamientos y lucha armada en los guetos de Cracovia, Vilna, Minsk o Bialystok. En todos estos casos siempre hubo el mismo interrogante: ¿qué era más conveniente y efectivo, la lucha en el gueto o la lucha en los bosques? Ambas opciones tenían sus pros y sus contras y la elección nunca resultó sencilla, aunque en ocasiones se tomó una tercera vía que fue el levantamiento en el gueto y la posterior huida, de quienes podían, hacia los bosques. Las tres opciones tenían varias cuestiones en común: la escasez de armamento y de entrenamiento de las personas, así como su deficiente alimentación, lo que suponían mayores obstáculos, aún si cabe, contra el poderoso ejército alemán.

En el este europeo muchas mujeres tuvieron una triple lucha contra la ocupación: como mujeres, como comunistas y como judías. Los testimonios y los ejemplos que se encuentran a lo largo del libro de Ingrid Strobl así lo demuestran. No obstante, y a pesar de la gran cantidad de mujeres que aparecen en *Partisanas*, fueron muchas más, la inmensa mayoría anónimas, las que se enfrentaron a la ocupación.

La Guerra Fría cubrió con un manto de olvido la lucha antifascista llevada a cabo por las comunistas y anarquistas en los países capitalistas. Muchas personas que lucharon contra el nazismo sufrieron el estigma social de haber pertenecido a grupos partisanos cuando quienes colaboraron o tuvieron responsabilidades políticas y militares durante la ocupación fueron vistas como personas ejemplares cuyo pasado había sido borrado en favor de la nueva coyuntura internacional. Asimismo, no solo tuvieron que callar su activismo antifascista durante décadas, señaladas como culpables de ser «rojas», sin recibir ninguna gratificación social por su militancia e implicación durante la guerra, sino que incluso fueron perseguidas tras la derrota nazi-fascista.

En definitiva, el gran aporte que tiene este libro es poner en primera línea, con nombres y apellidos, a muchas mujeres que participaron activamente en la lucha antifascista y que habían sido totalmente silenciadas y ocultadas. Mujeres que lucharon en el frente con las armas en la mano; en la clandestinidad realizando todo tipo de trabajos –como correo o realizando acciones armadas contra el ejército alemán–; o en los bosques como partisanas, luchando de igual a igual junto a sus camaradas hombres. Sin embargo, tanto en el este como en el oeste, las mujeres partisanas no estuvieron exentas de la explotación sexista por parte de sus compañeros, ya que existía una división sexual del trabajo en donde las mujeres eran relegadas, en muchas ocasiones, a trabajos considerados como femeninos. Todas las mujeres, tanto las que consiguieron gran reputación en la lucha partisana como las anónimas «tenían que hacerse valer el doble. (...) Cada mujer particular se sentía responsable de todo su género: cada una debía demostrar continuamente que las mujeres eran luchadoras tan capacitadas y de confianza como los hombres. Ninguna podía permitirse una debilidad o un error, puesto que eso hubiera repercutido negativamente sobre todas las mujeres» (pp. 413-414).

En lo que todas las mujeres entrevistadas coinciden, y probablemente también las anónimas, es que en la lucha contra el fascismo y la ocupación alemana, fuese en el país que fuese, no podrían haber hecho otra cosa que la que hicieron, es decir luchar contra el nazi-fascismo. Este planteamiento contrasta con aquellas personas que, ante el mismo problema, se escudaron en la autojustificación de su inactividad en que no pudieron hacer nada ante aquel. Ahí radica el gran aporte que se muestra en *Partisanas*, la de mujeres, muchas de ellas increíblemente jóvenes, que siendo personas totalmente normales antes de la ocupación, realizaron acciones encomiables que, en muchos casos, pagaron con su vida. Las circunstancias coyunturales, magníficamente expuestas en el libro, fueron las que propiciaron que jóvenes mujeres comprometidas políticamente realizaran actos extraordinarios, los cuales no está de más recordar y así se hace en esta reedición.

Además, se plantean las preguntas de cómo una mujer judía y comunista luchaba contra la ocupación, o cómo se comportaron las mujeres en los países bajo ocupación alemana, llegando a la conclusión que «si las mujeres fueron capaces de combatir al ejército alemán, victorioso en todos los frentes, de provocar el miedo y el pánico a la todopoderosa y cruel Gestapo, entonces las mujeres serán también capaces de resistirse posiblemente a adversarios menos peligrosos. Si las mujeres han demostrado que aguantan igual de bien las fatigas de la trinchera, del campamento partisano y de la ilegalidad, palidece entonces la imagen del sexo débil que tiene que ser protegido por el hombre» (pp. 471-472). Estas cuestiones reciben respuesta en *Partisanas*, dónde se comprueba que la lucha de estas mujeres fue doble, contra el nazi-fascismo y contra la sociedad patriarcal.

Mikel Bueno Urritzelki